

Cada vez que María pronunciaba el nombre bajo el cual era conocido el Señor por el pueblo hebreo, Moisés y Aarón caían de rodillas; sus labios se movían sin articular sonidos; sus brazos ya alzados, ya extendidos en cruz, demostraban claramente á quién se dirigían sus plegarias. Terminadas éstas, se incorporaban; el silencio volvía á reinar; y así pasaban los minutos, las horas; sin médicos, sin medicinas; sujeto todo á la voluntad del Señor, sin que los hombres trataran de cambiar los efectos naturales, ni mucho menos lo dispuesto por Dios.

Cuanto nace tiene que morir; por eso Dios es eterno; porque no nació; porque siempre ha existido.

El momento supremo se acercaba; el pálido semblante de la enferma adquiría un tinte livido, casi cárdeno; sus ojos brillaban como el vidrio herido por el sol; sus ojos se entreabrían; pero ya no modulaba sonidos su garganta... En los ojos de Moisés brilló una lágrima, que fué á ocultarla en los brazos de Aarón. Aquella lágrima era la señal de la debilidad de la materia; pero no del espíritu; una prueba de efecto; no una manifestación del espíritu; porque Moisés acataba la voluntad divina, y no podía deplorar, más que como hermano, separarse de la que había nacido bajo el mismo techo que él.

María espiró. Ni Moisés ni Aarón rompieron sus vestiduras, ni echaron cenizas sobre sus cabezas. Sin embargo, en todo lo demás, cumplida quedó la ley del luto; mejor dicho; quedaron cumplidas las costumbres que habían llegado á formar leyes.

Pero en medio del luto comenzaron á correr rumores alarmantes; de boca en boca circulaba la fatídica noticia de que el pueblo corría el mismo peligro que en Marah, esto es, de morir de sed. Los que tales temores tenían habían olvidado que Moisés en otra ocasión convirtió en dulces y saludables aguas las corrompidas y amargas de Marah. ¡Es tan frecuente en los hombres olvidar un beneficio, como recordar una ofensa!

Lo que en un principio no hubo de pasar de conjeturas y de suposiciones, poco á poco fué tomando cuerpo; presentó los síntomas de una rebelión. Dice el sagrado texto:

«Y faltando agua al pueblo, se mancomunaron contra Moisés y Aarón.

«Y amotinados dijeron: ¡Ojalá hubiésemos perecido allá entre nuestros hermanos delante del Señor!

«¿Por qué habéis conducido la Iglesia ó *pueblo escogido* del Señor al Desierto, para que muramos nosotros, y también nuestros ganados?

«¿Por qué nos hicisteis salir de Egipto, y nos habéis traído á este mi-

serable terreno, que no se puede sembrar, ni da higos, ni vides, ni granadas, y ni aún agua tiene para beber?»

Dejando Moisés y Aarón la multitud, entraron en el Tabernáculo de la Alianza, prosternaron sus rostros contra la tierra y clamaron al Señor, diciendo: «Oh Señor nuestro Dios, escucha los clamores de este pueblo, y ábreles tus tesoros, una fuente de agua, á fin de que, apagada su sed, cesen de murmurar. En esto apareció la gloria del Señor sobre ellos.

»Y habló el Señor á Moisés, diciendo:

»Toma la vara, y congregad al pueblo tú y tu hermano Aarón, y hablaréis á la peña *esá* en presencia de toda la gente, y la peña brotará aguas. Y sacado que hubieres agua de la peña, beberá toda la gente y sus ganados.

»Tomó pues Moisés su vara, que se guardaba en la presencia del Señor, según él se lo mandó.

»Y congregada la multitud delante de la peña, les dijo: Oid, rebeldes y descreídos: ¿Por ventura podremos nosotros sacaros agua de esta peña?

»Y habiendo alzado Moisés la mano, y herido dos veces con la vara aquella peña, salieron aguas copiosísimas; por manera que pudo beber el pueblo y los ganados».

Merced á un prodigio, aplacan su sed aquellos que momentos antes dudaban de la misericordia divina.

Pero Moisés y Aarón habían delinquido, y el Señor les dijo: «Ya que no habéis creído en orden á hacer conocer mi gloria á los hijos de Israel, no introduciréis vosotros este pueblo en la tierra que yo les daré».

Nadie puede dudar que Moisés y Aarón en esta ocasión faltaron, puesto que Dios los reprende y castiga por esta causa; bien que su falta á la prudencia humana parece excusable á causa de la perturbación de ánimo en que estaban viendo la inflexibilidad é ingratitud de aquellos hombres. Así opinan San Agustín y Teodoro.

Esta falta pudo consistir en creer que, irritado Dios de esta nueva rebelión de los israelitas, los excluiría de la tierra de Canaán, lo que era injurioso á la fidelidad del Ser Supremo. Pudieron asimismo dar muestras de alguna desconfianza, pues en vez de mandar solamente al peñasco, como el Señor les había mandado, le hirieron dos veces con la vara. Ultimamente; parece que en todo esto no dieron al pueblo el ejemplo de aquel respeto religioso que rinde á Dios toda la gloria y con que se espera toda su gracia, como lo indica la expresión, «*¿por ventura podremos nosotros sacaros agua de esta peña?*» Estas faltas de fe y de

confianza que constan en el Salmo CV. v. 32: (*irritaron al Señor en las aguas de Contradicción; y padeció Moisés por culpa de ellos,*) y en Zacarías, XI, v. (*é hice morir á tres pastores en un mes, y por causa de ellos se angustió mi alma: porque tampoco el alma de ellos fué á mí constante*); estas faltas de fe y de confianza menos disimulables en las cabezas de la Religión y del Estado, sujetaron á Moisés y á Aarón al decreto de la proscripción general pronunciado contra los israelitas que habían salido de Egipto.

Y Dios mismo fué el que les intimó la sentencia; golpe terrible y una prueba de las mayores que hizo Dios de la virtud de estos dos grandes hombres. Después de tan duros trabajos y peregrinaciones; en el momento mismo de llegar al logro y fin de sus deseos, se vieron excluidos de la posesión de aquella tierra por la cual suspiraban: y esto fué para ellos tocarles en lo más sensible. Pero penetrados de la más profunda veneración y respeto hacia el árbitro y dueño de toda la naturaleza, sin que se les escapara la menor queja ó voz de murmuración, abrazaron humildemente las órdenes del cielo, y continuaron cumpliendo su ministerio con el mismo celo y cuidado que habían manifestado hasta entonces.

El sitio donde ocurrieron los hechos que quedan relatados, recibió el nombre de *Contradicción*; pues con motivo de la escasez de agua se promovió el conflicto, dando lugar á que, tanto Moisés como Aarón, fueren castigados con la rectitud y justicia que hemos visto.

La sentencia que castigó á Moisés le fué bien sensible. Su falta parecía ligera: un momento de excitación y desconfianza, á causa de la incredulidad en la que tan frecuentemente veía caer á su pueblo.

Más tarde suplicó al Señor le alzase la pena y le permitiese pasar el Jordán para contemplar aquellos lugares santificados por los pasos de sus antepasados; aquella montaña en la que Abraham había ofrecido su hijo, y en la que tantos otros misterios debían cumplirse. Pero el Señor le prohibió hablar más, queriendo así mostrarnos, aún en sus santos, cuán punibles son las faltas ligeras. Otro misterio se figuraba todavía en esto: este misterio es, que Moisés ni su ley no conduciría nada á la perfección, sino Josué ó Jesús y su Evangelio.

Sin embargo, Moisés envió desde Cades embajadores al rey de Edom, para pedirle paso á través de su país; porque el Eterno había prohibido pelear contra los edomitas, hijos de Esaú, porque había dado á éstos las montañas de Seir con posesión.

Esta conducta tan digna y tan plausible de proseguir Moisés y Aarón llenando cumplidamente los deberes de sus altos cargos, no

obstante saber el caudillo y el pontífice que no llevarían al pueblo á la tierra de Promisión, ha tenido diferentes interpretaciones entre los heterodoxos. Unos han dicho: eso demuestra que Moisés y Aarón hicieron poco caso de las palabras de Jehová. Afirman otros: no hubo semejante reprensión ni castigo; ambos murieron sin entrar en la tierra de Promisión, porque eran viejos y sonó su hora en el reloj del tiempo.

A éstos podría preguntárseles: y ese reloj ¿quién lo maneja? ¿quién ha marcado los períodos diurnos y nocturnos? El que nos dió la vida, puede quitárnosla ó conservarnos en la tierra. Sin la falta cometida, Moisés y Aarón hubieran conducido al pueblo hasta ponerlo en pleno dominio de Canaán.

En cuanto á los primeros; en cuanto á los que afirman que la palabra del Señor era oída como otra cualquiera por Moisés y Aarón, pues en caso contrario se hubieran retirado de sus puestos, se les debe preguntar también, ¿se trataba de hombres dignos, ó de groseros mercenarios? Porque mal educado y falto de toda prudencia fuera el administrador ó mayordomo que, amonestado por su amo, cogiera el sombrero y, sin esperar la llegada del que había de sustituirle, abandonase el puesto. Y si tal conducta fuera reprensible en un hombre, tratándose de otro hombre, ¿cómo merecería llamarse siendo el que reprendía el mismo Dios, y los reprendidos sus predilectos? Además: ¿les dijo el Señor que dejaran de ser guías del pueblo? El Señor les dijo solamente, que no llegarían á introducirle en la tierra prometida. Y así lo entendieron ellos.

(San Gerónimo y otros Santos Padres observan que ni Aarón en quien comenzó el sacerdocio levítico, ni María que representaba los Profetas, ni Moisés que representaba la ley, pudieron introducir al pueblo en la tierra prometida, sino que estaba reservada esta gloria y poder á Josué, imagen de Jesucristo.)

Cumplió, pues, con su deber al disponer Moisés que salieran de Cades embajadores encomendados de hablar al rey de Edom. No iban éstos en son de guerra, sino de paz: Moisés pretendía únicamente paso franco para llegar el pueblo á la tierra de Promisión.

Estas eran las proposiciones de los embajadores:

«Esta petición te hace tu hermano Israel: sabes bien todos los trabajos que hemos padecido;

»Como nuestros padres bajaron á Egipto, y allí hemos habitado mucho tiempo, y los egipcios nos maltrataron á nosotros y á nuestros padres;

»Y como clamamos al Señor y nos oyó, y envió su ángel, el cual nos sacó de Egipto. Ahora hallándonos ya en la ciudad de Cades, situada en los últimos confines.

»Te suplicamos nos permitas atravesar por tu tierra. No iremos por los campos, ni por las viñas, ni beberemos agua de tus pozos, sino que marcharemos por el camino real; sin declinar á la derecha ni á la izquierda, hasta que estemos fuera de tus dominios.»

Y el rey contestó: «No pasarás por mi tierra; que si lo haces, saldré armado á tu encuentro.»

Los hijos de Israel insistieron: «Seguiremos *siempre* la carretera, y en caso de beber de tus aguas nosotros y nuestros ganados, pagaremos lo justo; no habrá dificultad alguna en el precio; sólo con que nos dejéis expedito el paso.»

«No pasará Israel por mis tierras», repitió el rey, y aprestó su ejército.

Los embajadores se retiraron. Conocedor Moisés de la respuesta y de la actitud del soberano de Edom, levantó el campo de Cades, dirigiéndose al monte Hor, que está en la raya de la tierra de Edom y es la montaña culminante en la cordillera de este nombre. Los escasos viajeros que á su cumbre han llegado, ensalzan á porfía el extenso é imponente panorama que se descubre desde los dos picos que la rematan, en uno de los cuales se alza el Ualy-Neby-Harún, santuario musulmán por el aspecto, aunque construido con los restos de un edificio más antiguo.

Consiste, dice un publicista, en una estancia abovedada que no recibe más luz que por la puerta, en cuyo centro vése un sarcófago de mármol amarillento, cubierto con un paño rojo y encima de él un empolvado turbante. Pero en la cripta, al decir de los árabes se encuentra el verdadero sepulcro de Aarón, pues el monumento superior no pasa de ser cenotafio; á ella se baja por una escalera de dos tramos, y también en el centro, resguardado por una verja de hierro, existe el sepulcro, ó sea, un semicilindro de mampostería cubierto con un paño negro.

En el cenotafio léese en caracteres una inscripción en la que, después de la obligada fórmula de alabanza á Dios y á Mahoma su profeta, se expresa que el ualy fué restaurado por Ech-Chimani, hijo de Mahoma-Kelaún, sultán de Egipto, en virtud de orden de su padre, en el año 739 de la egira.

Así, pues, en la cumbre de aquel solitario monte que se eleva sobre el nivel del mar mil trescientos veintiocho metros, reposan en la obscura

cripta del descrito santuario los restos mortales del hermano de Moisés. De todos modos, consérvense ó no sus cenizas, es lo cierto que la memoria permanece en aquel monte inalterable al través de los siglos.

Levantado por los israelitas su campamento de Cades, y llegados á Mosera, valle enclavado en las faldas del monte Hor, establecieron allí sus tiendas.

La negativa del rey y nuevo viaje de Moisés no están en contradicción con lo que se dice en el versículo 29 del capítulo XII del *Deuteronomio*, ó sea que Moisés y el pueblo encontraran el paso franco por la Idumea. En efecto: la negativa fué de los idumeos orientales, inmediatos á Cades y no de los occidentales, que confinaban con las tierras de los moabitas. Estos no hallaron reparo en que los israelitas pasaran por sus tierras.

Antes que Moisés intentara el paso por aquel sitio, el Señor le dijo:

«Vaya Aarón á incorporarse con su pueblo (esto es, con sus Padres y Santos Patriarcas en el seno de Abraham): porque no ha de entrar en la tierra que tengo dada á los hijos de Israel; por haber sido incrédulo á mis palabras allá en las aguas de la contradicción.

»Toma contigo á Aarón y á su hijo con él, y los conducirás al monte Hor.

»Y después de desnudar al padre de sus vestiduras, se las revestirás á su hijo Eleazar. Aarón morirá allí y sera reunido con sus padres.»

Cumplió Moisés el divino mandato, y luego que Aarón hubo espirado en la cima del monte descendió con Eleazar.

Cuando el pueblo supo lo ocurrido, al tener noticia de la muerte de Aarón, lloró por espacio de treinta días.

Aquel pueblo que había murmurado tanto de él; aquellos hombres que le negaron autoridad; aquella multitud que, amotinada, pretendió matarle varias veces, hubo de comprender al fin y al cabo todo lo que había perdido con la muerte del Pontífice. ¡Cuán añeja es la costumbre de otorgar al muerto lo que en vida se le negó!

Todavía hoy los restos de Israel hacen el aniversario de este duelo.

El sepulcro de Aarón fué desde la más remota antigüedad objeto de piadosas peregrinaciones: en la Edad Media hubo en aquel sitio un monasterio llamado de San Aarón, el cual fué visitado por Julio de Chartres, en la expedición emprendida en el año 1100 por Balduino I, y existía aún en 1217, pues en él pernoctó el peregrino Thietmar al dirigirse desde Chubek al monte Siná. Caído en poder de los musulmanes, transformáronlo en ualy como antes, y los árabes de hoy concurren

á su recinto para orar y ofrecer sacrificios, los cuales consisten en la inmolaçión de un cabrito ó un carnero.

Andando cuarenta y tres kilómetros por tierra desolada y agreste, á partir de Cades, pueden visitarse las ruínas de Abdeh. Situada en una altura que en forma de promontorio se adelanta por el valle de Marah, ofrece todavía los restos de dos recintos separados: el de una fortaleza y el de la población. Algunos paredones que aún quedan en pie hacen creer que antiguamente se extendería algún arrabal en la falda del collado. Restan todavía en los alrededores algunos vestigios de viñedos.

Hacia el Este, á unos dieciséis kilómetros, véanse los restos de tres Iglesias, de un monasterio, de una torre y de gran número de casas, con una cisterna en cada una. A juzgar por aquellas externas ruínas, Sebaita, cuyas son, fué ciudad de importancia y fortificada. La etimología obliga á M. Palmer, identificar Sebaita con Zephat, ó sea, *torre de guarda*, de la cual nos habla la Sagrada Escritura al referir la victoria de los israelitas contra los cananeos.

Arad, rey de los cananeos, tuvo noticia de la estancia de los israelitas en el monte Hor, pues le dijeron: los hebreos llegan por el camino de los *exploradores*. (Este nombre hubo de quedar á la ruta que siguieron los que con Josué y Caleb fueron á *explorar* las fronteras de Canaán). El rey cananeo se enojó grandemente con aquella noticia, y dispuso salir al encuentro de los hebreos.

De paz iba Moisés, como sabemos: el rey de Edóm le había negado el paso, y dió un ruedo para tomar otro camino que lo condujera al punto deseado. Si el rey Arad hubiera procedido de igual manera que el de Edóm, Moisés tornara á buscar otro camino, y así siguiera hasta que el Señor mandara adoptar distinta condüta. Pero lejos de negarse de palabra el rey Arad; en vez de aguardar que Moisés le enviara embajadores, dispuso el ejército, y sin mediar discusión alguna, se presentó ante Israel y lo acometió con violencia. Con arreglo á la ley, justo era defenderse de la agresión: Josué mandaba á los hebreos que, aunque no preparados, como tenían la protección del Señor, en breve espacio derrotaron á sus enemigos, haciendoles algunos prisioneros. «¿Qué debo hacer? decía Moisés al Señor.—Si entregas en mis manos ese pueblo, ¿destruiré sus ciudades?»

«Tuyo de Israel sea», respondió el Señor.

Toda resistencia es inútil contra la voluntad de Dios: todo empeño es vano. Los ejércitos del rey Arad intentaron detenerse; pero inútilmente: ciudades enteras fueron pasadas á cuchillo y destruidas hasta

sus cimientos; y aquellos lugares fueron llamados *Hormah*, esto es, anatema, desolación completa.

Después de aquella victoria tan señalada, completa y que tantos bríos dió al pueblo hebreo, Moisés dispuso el retorno á tierras de Edom.

El pueblo se había connaturalizado harto pronto con la guerra. Y se explica, toda vez que las batallas que riñó, no fueron fatigosas ni duras para él; por el contrario, productivas. La vida activa, después de tantos años de un quietismo absoluto, despertó en el pueblo el deseo de conquista. Ya se veía en Canaán, y señor de la tierra que manaba leche y miel. Sus fronteras no están lejos; el viajero ha pasado horas y más horas, días y más días, visitando ruinas, contemplando arideces, soñando con el movimiento, con la vida de pueblos cultos medianamente siquiera: unas pocas horas de marcha, alegrando la vista algunos verdes prados, campos cultivados, grupos de arbustos y árboles, pastores que cantan, caravanas que van y que vienen, anunciando todo ello que dejamos á las espaldas la Arabia Desierta, y llegaremos á la Tierra prometida. A su vista, empero, haremos alto para entregarnos á la meditación, la cual prepara el espíritu para sondear lo grande y lo misterioso. Paróse Moisés por obediencia y para legar á su pueblo la síntesis de la ley que Dios le diera; nosotros nos pararemos para empaparnos de sus enseñanzas, recordando sus palabras, y para que sea más provechosa nuestra visita.